

muy caro el honor de ostentar tales nombres.

Sin embargo, se ha exagerado mucho el mal trato que daba Carlyle a su mujer. Las conocemos por el *Diario* de ella y sobre todo por un libro de Carlyle, *Reminiscences*, escrito en una crisis de arrepentimiento provocada por la muerte de su esposa. Ese libro, por lo tanto, es el de un doliente pecador que, al confesarse, exagera su falta con la esperanza de alcanzar el perdón y la gracia, de ser bañado en las aguas transparentes y claras del Jordán.

Carlyle andaba siempre solo por las calles de Chelsea, con los ojos bajos, sin apartarlos nunca de la tierra. Todos los vecinos lo veían a la misma hora, recorriendo las mismas calles, como acostumbraba el metódico Kant, pero no se atrevían a aproximarse a él. Al mirarlo, se conformaban con guiñar los ojos, con mezcla de respeto y de lástima, «cosas de Carlyle». Por fin, cierta ocasión, unos trabajadores se pusieron de acuerdo para hablarle; se acercaron a él y le dijeron:—Hermoso día, Mr. Carlyle—y el filósofo, sin detenerse, con los ojos siempre fijos en la tierra, les respondió:—Díganme alguna cosa que no sepa—, y nadie volvió a acercarse más en sus paseos vespertinos y solitarios.

Carlyle se proponía adoptar la carrera eclesiástica, pero ya avanzado en ella, casi para terminar los estudios teológicos, le pareció demasiado estrecho el criterio de la iglesia y abandonó los hábitos y se entregó a las bellas letras, por las que había sentido especial devoción: fabulosos parecen los relatos sobre las lecturas juveniles de Carlyle.

La amistad del filósofo con Edward Irving en Kirkcaldy lo afirmó en la idea de abrazar el humanismo como profesión. En esa misma época, estudió a fondo el alemán, lo que le mostró un mundo desconocido y nuevo. Si para él fué una revelación, a Inglaterra, Carlyle le descubrió Alemania. Inglaterra, tan refractaria a la filosofía, al conocimiento ordenado y sintético, conoció el pensamiento alemán a través de Carlyle, conocimiento que renovó la literatura de Inglaterra. Si ya la influencia de Francia era decisiva en las Islas Británicas, desde entonces la alemana disputa en ellas la supremacía a la dulce Francia. A partir de Carlyle, vemos cómo luchan las dos influencias, la francesa y la alemana, y cómo esa doble corriente, ha hecho florecer al mismo Carlyle por un lado y a Matthew Arnold y a Pater por la otra; a Henry James, Lord Dunsany, Joseph Conrad de cultura eminentemente francesa, y a Bernard Shaw y los últimos filósofos discípulos

REPERTORIO AMERICANO

SEMENARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)....	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

de Schopenhauer, hijos legítimos de la cultura alemana.

Carlyle nació de nuevo cuando descubrió a Alemania. Entusiasmado y agradecido fanáticamente escribió la vida de Schiller y tradujo el *Wilhelm Meister*. Sus relaciones con Goethelo llevaron a escribir sus mejores cartas y a solucionar su crisis religiosa, pues comprendió las hondas enseñanzas de la vida y las obras del poeta germano. En 1826, publicó los *Specimens of german romance*, y más tarde, habiendo estudiado a fondo las diversas corrientes del pensamiento alemán, sustentó en Londres una serie de conferencias sobre tal asunto.

Jamás dejó de hablar sobre Alemania a sus discípulos y amigos. Su obra monumental, considerada por la mayoría de los críticos como su obra maestra, la *Historia de Federico el Grande*, coronó estas enseñanzas, esta labor titánica y constante.

Carlyle, después de su colaboración en la enciclopedia de Brewster, en la que inició su labor literaria, y de sus trabajos en la *London Magazine*, que publicó su vida de Schiller, y en la *Edinburgh Review*, dirigida por Jeffrey, que admitía en él algún talento, logró editar el *Sartor Resartus* (The Tailor Done Over, título de una vieja canción de Escocia) que había visto la luz en la *Fraser's Magazine*, de 1833 a 1834.

El *Sartor Resartus*, donde, como en ninguna de las producciones de Carlyle, se entreteteje, de manera inesperada, lo sublime y lo grotesco, despertó la curiosidad y la crítica. Carlyle, al fin sacudía al público. Otro libro nuevo sería un éxito definitivo o un ruidoso fracaso. Carlyle lo sintió así y a trabajar se dedicó entusiasta, con mayor fe y seguridad que antes.

En 1837, apareció *The French Revolution*, hermoso estudio filosófico que evoca a maravilla toda una época y que crea personajes de fuerza extra-

ordinaria, en medio de la cadencia majestuosa, aterciopelada y brillante de espléndida y riquísima prosa. El entusiasmo juvenil campea en este libro, a veces demasiado sonoro, y si la historia del emperador Federico es más armoniosa, más igual, mejor hecha, esta creación es más intensa, más gallarda. Este libro, como ninguno, contribuyó a la formación del estilo de Ruskin, que tanto habría de influir en el de Walter Pater y más tarde en el de Wilde—¡Curiosa escala! Del fanático y duro traductor del *Wilhelm Meister* al elegante poeta de *Salomé*, al crítico atildado y sutil de *Intentions*, al cuentista risueño y travieso, amanerado quizás, al restaurador de la comedia de paradojas y de frases. *The French Revolution* estableció definitivamente la fama de Carlyle. Si la gente no lo entendía, sí lo respetaba, como si no gusta de Homero o de Esquilo, no se atreve a juzgar mal de ellos y con desconfiado temor afirma siempre que Esquilo y Homero son dos geniales escritores.

Después vienen *The History of Literature, or The successive periods of european culture* y *The Revolutions of Modern Europe*, donde manifiesta el peligro de la democracia mal entendida, que ya no es tal en realidad, sino plebeyismo bajo y mediocre. Este libro no tuvo influencia práctica, según lo comprueba la situación actual del mundo.

Más tarde, el más conocido de sus libros *Heroes Heroe-Worship and The Heroic in History*, si no el más acabado. ¡Qué raro el hombre que se hace famoso por su mejor libro, o que es conocido por él! Muy pocos han leído las dos obras maestras de Carlyle o su eruditísimo y admirable *Oliver Cromwell's letters and speeches*, y en cambio no hay velada en honor de algún melencólico poeta de provincia donde no se diga de ese poeta, «era un héroe como los de Carlyle»; del mismo modo que se recuerda a Shakespeare por *Romeo and Juliet* y no por *King Lear* o *Hamlet* o *The Tempest*, y que Beethoven no se hizo famoso, durante su vida, hasta que dirigió una de sus marchas ante inmenso concurso, y que de la literatura yanqui no se conocen las poesías bellísimas de Poe sino por unos cuantos y en todas las escuelas se recuerda, con hipócrita unción, la despreciable vida de Benjamín Franklin, directo antecesor de Bryan. ¿Mas para qué seguir examinando toda la obra titánica del enorme Carlyle? Toda es grande, toda bella, toda fuerte. Olvidemos los temblorosos balbuceos de *Reminiscences*, publicado por la amorosa indiscreción de Froude, el ejecutor testamentario de Carlyle; pero sin abandonar los